

primer ímpetu, rompen y arrollan una brigada de infantería, apostada á corta distancia para sostener á aquella. El general Delort, con todas sus fuerzas reunidas, hostiga y derrota todas las columnas de O-Donell, y las va persiguiendo hasta Castalla. Al llegar á dicho punto, trataron aquellas de reunirse y de oponer una vigorosa resistencia, en las calles mismas del lugar; pero hubieron de ceder de nuevo y echaron á huir en desórden hácia Alicante. El gefe de batallon Herremberger hizo rendir las armas á los últimos fugitivos que quisieron refugiarse en el fuerte de Castalla.

La porcion del regimiento 44, con que el coronel Mesclop habia bajado presuroso á sostener al general Delort, volvió á tomar al punto el camino de Ibi, de que se habia apoderado ya el general ingles Rotche. El coronel Mesclop marcha contra él, le obliga á recular y cejar, le persigue hasta las montañas y le ataca de una posicion en otra: la vista, en fin, del general Harispe, que descendia de Alcoy con el 116, acabó de decidir la retirada del enemigo. Los Españoles, arrollados y vencidos en ambos puntos, se retiraron á Alicante, despues de haber perdido tres banderas, dos piezas de á 8 con el ganado correspondiente, tres cajones y mas de diez mil fusiles. Sufrieron ademas la pérdida de cerca cuatro mil hombres, entre muertos,

heridos y prisioneros, y en el número de estos últimos se contaron cuatro coroneles, cinco tenientes coroneles y ciento veinte y cinco oficiales: es decir, el total de hombres que los enemigos perdieron fue igual al de los soldados franceses que combatieron con ellos. Este tan importante triunfo y suceso le hubimos de deber á la decision y á la rara habilidad del general Delort.

A esta misma época, el general Maupoint, á quien, por órden del rey, se habia mandado apostar en Cuenca con el 16 de línea y cien caballos, fue llamado á Madrid, y la division Palombini que acababa apenas de entrar en Navarra, recibió la órden de marchar hácia el mismo punto.

XIII. Una escuadra procedente de las Islas Baleares, compuesta de doscientas velas, que llevaba á bordo tropas de desembarco, y que la voz pública y ciertos informes hacian ascender á mas de diez mil hombres, se dejó ver en los primeros dias de agosto frente á las costas de Valencia y de Cataluña. Eran dichas tropas una division anglo-siciliana, que conducia desde Palermo el general ingles Tomas Maitland, y del 9 al 10 de agosto, la escuadra desembarcó y echó á tierra en Alicante soldados, armas, municiones y artillería. El ejército enemigo que habia sido vencido y arrollado en Castalla, el 21

de julio, se encontró con este motivo mucho mas numeroso y fuerte de lo que antes habia sido, y tomando de nuevo la ofensiva, adelantó y colocó su vanguardia algunas leguas mas acá de Alicante. Los refuerzos que acababa de recibir explicaban sobrado este cambio súbito de actitud, sin contar que era el resultado al mismo tiempo de la batalla de Salamanca ó de los Arapiles. El mariscal, pues, se vió de nuevo en visperas de haber de ceder terreno ante fuerzas tan superiores, y en consecuencia pidió instrucciones sobre la conducta que deberia de tener, previendo ya el caso de una retirada y la necesidad en que se veria de dejar guarnicion en Sagunto, Peñíscola y Tortosa, lo que disminuiria aun sus fuerzas activas. La posicion del general Harispe en Alcoy y Castalla, y la del general Gudin, en Benidorm y Villajoyosa, no eran ya oportunas; el mariscal, pues, concentró sus divisiones en las cercanías de San Felipe, en donde estableció su cuartel general, porque su intencion era de no volver pie atrás sin combatir, toda vez que el enemigo le atacase solo de frente y que no fuese excesiva la desproporcion de fuerzas. Construyéronse algunas obras de campaña en las cercanías de San Felipe, y un puente ademas de barcas sobre el Xucar, cerca de Alberique, con una cabeza de puente armada y artillada. Reunió en dichas posiciones

como unos ocho mil hombres, é hizo venir del Aragón al general Paris que ocupaba Teruel con dos regimientos; tambien pensaba en sacar un refuerzo de la Cataluña.

XIV. El 19 de agosto, el enemigo que habia ocupado, mas acá de Alicante, el pais de que nos habiamos retirado nosotros, principió á retirarse con alguna precipitacion. Las voces del pais eran de que venia bajando desde Madrid, por la Mancha, un cuerpo de tropas francesas. El 23, nos llegó, por la via de Requena, un destacamento de caballería con pliegos, en que se nos anunciaba de oficio la pérdida de la batalla de Salamanca, la evacuacion de Madrid y la marcha del rey y de su corte hácia Valencia, con el ejército del centro. El general Harispe recibió al punto la órden de salir hácia Almansa á fin de facilitar dicho movimiento, y el 25 se dieron la mano ambos ejércitos. El mismo dia, el general Maupoint, procedente de Madrid con el 16 de línea y una compañía del 4º de husares, partió de Cuenca, despues de haber libertado su guarnicion, bloqueada hacia ya diez y ocho dias. Mas cuando se disponia á atravesar el rio, cerca de Utiel, he aqui que Villacampa le ataca de improviso, al frente de cuatro mil hombres. Su pequeña columna, rodeada por todas partes, se defendió con la mayor bizarría; pero perdió sus bagages, dos piezas de campaña,

y cerca de doscientos hombres, entre muertos y heridos. El intrépido gefe de batallon Ronfort rompió por entre las líneas enemigas, y vino á reunirse con el general, quien despues de haber hecho sufrir á Villacampa una pérdida considerable, logró conducir su columna á Requena.

Las fuerzas que el rey José traía consigo, consistian en la division Darmagnac, compuesta de siete batallones franceses, y cinco alemanes de Baden, de Nassau y de Franfort; en la division Treillard, compuesta de cuatro regimientos de dragones, que en el todo formaban apenas mil caballos; en cuatro escuadrones de caballería ligera de Westfalia y de cazadores de Nassau, y en muchos destacamentos, depósitos ó batallones de marcha, que pertenecian á los ejércitos de Portugal, del centro y del mediodia. Con el rey habia regresado tambien la division Palombini, pero debilitada en extremo, y desmejorada por las marchas continúas y los numerosos combates que habia habido de sufrir despues que se separó del ejército de Aragon, sin mas fuerza que la de seis batallones, que ascendian al todo á unos dos mil y cuatrocientos hombres. El total de combatientes, con arma en mano, que presentaba dicho ejército, inclusa la guardia real y algunos cuerpos españoles de nueva formacion, no excedia de doce mil hombres. Pero el número de militares sin servicio, de no com-

batientes, de empleados, de caballos, de coches, carruages y equipages que acompañaban la columna, aumentó al punto el consumo de subsistencias de cuarenta mil raciones en víveres, y de diez mil de forrages. El mariscal franqueó y abrió sus almacenes, sus hospitales, su caja militar y sus depósitos de armas y parques de artillería, para socorrer las necesidades urgentes del momento, y preparó la salida y marcha, en muchos convoyes, de todo cuanto podia enviarse á Francia. El mando del ejército del centro se reunió en sus manos al del ejército de Aragon, y aprovechando esta coyuntura, pasó las oportunas revistas y organizó los acantonamientos regulares para las nuevas tropas, á fin de mantener la tranquilidad entre los habitantes y asegurarles el órden debido. Estos, en general, bien que en su interior vacilaran tal vez con motivo de los recientes triunfos del ejército ingles, se mantuvieron sumisos, y aun se mostraron benévolos y hospitalarios á la voz del mariscal Suchet. El rey José, fugitivo de su capital, fue recibido á su llegada y entrada en Valencia algo mejor tal vez de lo que se le acostumbraba á recibir y obsequiar en Madrid. Las personas de su corte se quedaron en extremo sorprendidas y maravilladas al ver que se podia salir de Valencia sin escolta, y aun correr la campaña y los caminos vecinos, y recibir sin inter-

rupcion las noticias y correos de Francia, sin el menor recelo de bandas ni de guerrillas que infestaban el resto de la España, é impedían por dó quier las comunicaciones. El arzobispo Company y su clero dieron el ejemplo de la fidelidad al soberano que habian ya reconocido. Todas las autoridades fueron conservadas en sus funciones, y el pueblo hubo de ver que no se le aumentaban sus imposiciones ni cargas, por el estudio y cuidado que tuvo el duque de Albufera de repartirlas y de hacerlas pesar, en cuanto las circunstancias se lo permitieron, sobre los recursos generales que su administracion habia preparado despues de la última cosecha.

El ejército ingles habia ocupado Madrid; y este acontecimiento que forzaba á abandonar la Andalucía al ejército del mediodia, daba lugar, por la propia razon, á una nueva concentracion de fuerzas francesas, harto considerable é imponente para poder aun disputar la victoria en el centro de la Península. El rey, al abandonar Madrid, le habia designado al duque de Dalmacia Valencia como punto de reunion y de entrevista; y á menos que lord Wellington no hiciese un movimiento, á una tan considerable distancia, para oponerse á su marcha, lo que no era en manera alguna probable, dicho mariscal debia abrirse paso, sin obstáculo al-

guno, por el reino de Murcia, y esta fue en efecto la direccion que tomó.

El ejército combinado, español y anglo-siciliano, que el de Aragon tenia á su frente, estaba por el momento imposibilitado para operar ni emprender cosa alguna. El mariscal, pues, hizo adelantar de nuevo sus divisiones, que ocuparon Fuente-la-Higuera, Moxente, Alcoy y Denia: la brigada Paris; que acababa de llegar de Aragon, cubria en Requena el flanco derecho del ejército, contra Bassecourt, Villacampa y el Empecinado reunidos. La brigada del general Isidore Lamarque, procedente de Cataluña, hizo alto y se apostó entre Castellon de la Plana y Tortosa: componiase esta del 3º ligero, del 11 de línea y de algunos batallones ó escuadrones de marcha, que pertenecian á los diferentes regimientos del ejército de Aragon. Por desgracia, los partes é informes que llegaban al mariscal, relativos á las dos provincias de Aragon y de Cataluña, le infundian temores y recelos harto justos. El espíritu de la poblacion iba cambiando de dia en dia, en perjuicio nuestro, y las pérdidas y derrotas de los ejércitos franceses en las otras partes de la Península nos iban enagando los Aragoneses, los cuales, hostigados por las partidas y bandas que se renovaban incesantemente, se veían por otra parte mal protegidos por las escasas é insuficientes fuerzas

que nosotros podíamos oponer á aquellas : con este motivo , nuestros acopios y provisiones en granos se vieron harto comprometidos por este como nuevo órden de cosas.

XV. El 17 de setiembre , el mariscal que enviaba muy á menudo sus emisarios al encuentro del ejército del mariscal Soult , recibió al regreso de uno de estos la primera noticia de la próxima llegada de aquel , y en consecuencia nuestras columnas se adelantaron hácia Almansa y Villena , y aun enviamos reconocimientos hasta Jumilla y Hellin. El 2 de octubre , ambos ejércitos se pusieron ya en comunicacion , y el del mediodia ocupó las villas de Yecla , Albacete , Almansa y Jorquera.

El duque de Dalmacia deseó y quiso dar á sus tropas un reposo de seis dias , espacio de tiempo ademas sobrado necesario para que los gefes pudiesen entenderse entre sí , y para combinar ademas las operaciones ulteriores que las circunstancias actuales exigian imperiosamente. En la época en que hablamos , el Emperador se hallaba en el fondo de la Rusia , y las instrucciones que sin duda hubo de dar y de dejar al rey José , al confiarle el mando general de los ejércitos franceses en España , solo debieron de ser generales y subordinadas á los acontecimientos. Pero la evacuacion de Madrid y de la Andalucía habian cambiado infinito el estado y aspecto de

cosas , y sin embargo , nos quedaban aun fuerzas bastantes para poder tomar la ofensiva contra el ejército ingles. Lord Wellington , que solo hubo de permanecer algunos dias en la capital , se habia dirigido hácia Burgos , y gracias á la heroica defensa que hizo el castillo de dicha ciudad , los ejércitos de Portugal y del norte de España pudieron reunirse y reorganizarse á orillas del Ebro : los ejércitos del centro y del mediodia , con solo ponerse en marcha y realizar su reunion con aquellos , restablecian de nuevo nuestros negocios y nos daban la ventaja. Los mariscales Jourdan , Soult y Suchet tuvieron consejo , en presencia del rey , en la entrevista y conferencia que se verificó en Fuente-la-Higuera , y alli se decidió que se marcharia de nuevo contra los Ingleses , pero sin abandonar Valencia. En efecto , la conservacion de las provincias del Est era ciertamente el primer interes del rey y de los Franceses en España , despues del mas urgente y esencial , que era el de vencer y derrotar á Wellington. Porque si los Franceses llegaban á ganar una batalla , importaria sin duda infinito el haberse mantenido en una posicion adelantada hácia Alicante y aun hasta el reino de Murcia , á fin de poder establecerse sólidamente en Madrid y poder ocupar de nuevo el mediodia de la Península. Y si los Franceses eran vencidos y repelidos hácia el alto Ebro , como en 1808 , el

Aragon y la Cataluña, con sus plazas, llegarían á ser el mas útil y ventajoso apoyo que el mariscal Suchet pudiera conservar, retirándose hácia el bajo Ebro por un camino en que el enemigo encontraría á cada paso obstáculos harto considerables, como por ejemplo, Sagunto, Peñíscola y Tortosa. El rey mismo, conociendo que el ejército de Aragon no era bastante fuerte para poder llenar y cumplir dicho encargo, habia prometido al mariscal Suchet el dejarle un refuerzo de seis mil hombres; y aun apenas pudo conseguir el conservar todas sus fuerzas.

XVI. Los dos ejércitos del mediodia y del centro se pusieron en marcha hácia Madrid, por la provincia de Cuenca y la Mancha, despues de haberse apoderado, al paso, del castillo de Chinchilla.

Despues que hubieron partido el rey y los dos ejércitos, las tres divisiones activas del ejército de Aragon permanecieron de la otra parte del Xucar, el general Harispe en Moxente y Fuente-la-Higuera, ocupando el coll ó puerto de Almansa; el general Habert, en Albayda y Beniganim, ocupando el coll de Atzaneta, y la primera division, con la reserva de caballería y de artillería, en Canales y en San Felipe, con un pequeño cuerpo destacado en Denia. El mariscal Suchet pasó en persona á Requena, en donde permaneció veinte y cuatro horas, y dejó

alli una brigada para asegurar la comunicacion con los ejércitos sobre el Tajo. Mas durante cerca de tres meses, no llegó á sus manos ni un solo pliego ó parte que le hiciese conocer los movimientos que se operaban en el centro de la Península: por una via indirecta supo solo que el rey habia ocupado Madrid, y que se habia dirigido despues hácia Castilla la Vieja. Y esperando á ver que darian de sí los primeros acontecimientos, y en la incertidumbre de ellos, conservó su posicion, sin emprender cosa alguna contra su enemigo, y ciñéndose solo á repeler y rechazar, en diferentes puntos, sus ataques parciales. Por dos veces el general Donkin trató de desembarcar en Xábea y en Denia, con el regimiento 81 de línea ingles; pero no obtuvo el menor suceso, y aun perdió alguna gente al retirarse, porque nuestras tropas le atacaron vigorosamente, y aun solo con harta pena hubo de conseguir el reembarcar su artillería. El general Delort, en Yecla, y el general Gudin, en Alcoy, rechazaron las vanguardias enemigas. El general Harispe adelantó un reconocimiento hasta las puertas mismas de Alicante; pero solo pudo atraer á combate un batallon calabres, del cual hizo cincuenta prisioneros.

Los Españoles se reforzaron aun, en el mes de diciembre, con diferentes cuerpos, procedentes, ya de la Mancha, ya de la Andalucía,

en que nada pudiera de hoy mas embarazar sus movimientos, y poco despues hicieron un movimiento hácia adelante contra el frente de nuestro ejército, cuyas divisiones se replegaron, segun la órden que de antemano se les habia dado, y se concentraron aproximándose mas hácia el Xucar.

Pero observamos que el enemigo hubo de suspender inopinadamente este movimiento, y aun que emprendió una marcha retrógrada poco despues. Al mismo tiempo corrió la voz de que el rey estaba de vuelta en Madrid, y que el ejército del mediodía ocupaba Toledo y las orillas del Tajo, noticia que no tardamos en recibir confirmada de oficio.

El general Dubreton habia atajado la marcha victoriosa de Wellington, con la tan vigorosa resistencia que hubo de oponer en el castillo de Burgos. Y habiéndose adelantado el general Souham para socorrer dicha plaza, mientras que el rey marchaba con una masa considerable de fuerzas hácia el Duero, el general ingles juzgó á propósito el retrogradar hácia Salamanca. Los cuatro ejércitos franceses del mediodía, Portugal, centro y norte se encontraron asi reunidos, y pasaron el Tormes en persecucion del ejército ingles, el cual, evitando la batalla y prosiguiendo su retirada, entró de nuevo en Portugal, en donde tomó sus cuarteles de invierno.

---

## CAPITULO XVII.

(1812.) Combates diversos en Aragon, en la baja Cataluña y en el reino de Valencia, durante las operaciones generales.

El mariscal Suchet se sintió menos aislado en su posicion de Valencia, con motivo del regreso del rey y del principal ejército frances hácia el centro de la España; pero no era nada difícil el preveer que se empeñaría una nueva y mucho mas sangrienta lucha dentro de algunos meses, es decir, cuando la primavera daria el señal de poder comenzarse las hostilidades. Aprovechó, pues, y utilizó todo el tiempo que le dejaba libre dicho intervalo, y se ocupó en tomar todas las medidas defensivas mas oportunas con la debida actividad. La posicion de Moxente, sobre el camino real, y mas allá del Xucar, fue atrincherada con trabajos de bastante consideracion, en términos de poder dejar cerrado todo el valle. Cerráronse igualmente todos los pasos de las montañas, á la izquierda de Moxente, hasta Alcoy y hasta el mar, y construimos un segundo puente de barcas, sobre el Xucar, cerca